



Ifis y Yante de Auguste Rodin. FOTO: SANTA CLARA CLASICA

Las Metamorfosis contemporáneas

Mediante un relato conciso, de escritura ingeniosa y transgresora, Ali Smith crea una historia que, bajo el pretexto del relato amoroso, cuestiona de forma divertida y afilada nuestros comportamientos sociales

Título: **Chica conoce chico**

Autora: Ali Smith
Editorial: Nórdica
Precio: 19,50€

ALAN SALVADÓ

Bajo la aparente banalidad de un título arquetípico, “Chica conoce a chico”, Ali Smith se acerca en esta novela breve a cuestiones mayores como la fluidez del género, el aniquilador consumismo neoliberal o la pervivencia de los mitos en la contemporaneidad. Temas que entre ellos no presentan ninguna conexión evidente y que bajo la mirada de Smith se articulan orgánicamente convirtiendo el patrón (amoroso) narrativo clásico en una panorámica aguda e inteligente sobre los avatares de nuestra sociedad. El libro, dividido en cinco capítulos titulados yo, tú, ellos, nosotros y todos juntos, tiene a las hermanas Imogen y Anthea como protagonistas. Ambas

trabajan en Pure, una compañía multinacional de agua embotellada que especulando con el bien máspreciado para la humanidad aspira a convertirse en una empresa total que tenga intereses y presencia en cualquier tipo de mercado en el que pueda sacar un rendimiento. El negocio del agua sobrevuela el relato como uno de los ejemplos claros de cómo el mercadeo de los recursos naturales, en el contexto de emergencia climática, será una de las problemáticas centrales en un futuro inmediato. Como apunta la propia Smith en un pasaje iluminador, “El agua es historia. El agua es naturaleza. El agua es vida. [...] El agua mueve dos mil millones de libras al año en el Reino Unido”.

La presencia de la empresa Pure en la historia no sólo condensa la crítica eco-consumista de Ali Smith sino también la de género. En un momento del relato, Anthea realiza una serie de pintadas reivindicativas que son suficientemente clarificadoras de

lo que denuncian: “En ningún país del mundo ahora mismo los sueldos de las mujeres son iguales que los de los hombres”. Un sistema económico y social que de forma prematura interviene en las vidas de las personas para situarlas en un género u otro, en el color azul o el rosa, y así determinar su destino personal y laboral. En este aspecto es donde el gesto de Smith de revisitar a lo largo del relato el mito de Ifis, narrado por Ovidio en Las metamorfosis, adquiere especial relevancia. Ifis es hija de un matrimonio pobre que sabía que si tenían una hija no podrían pagar su dote y, por ello, en caso de nacer mujer, deberían sacrificarla. Sin embargo, la madre, con la ayuda de la diosa Isis, decidió educar a la niña como si fuera un niño para no tener que matarla. El mito demuestra que el género, como apunta Judith Butler, no se construye como una identidad estable sino que va cambiando con el tiempo, como refuerza el propio relato de Ifis. Un relato que no solo refuerza su terrible contemporaneidad respecto a las injusticias socio-económicas de nacer mujer sino también refuerza la necesidad de desprendernos de las diferencias de género para crear un mundo más justo. Las historias de amor vividas de ambas hermanas, Imogen y Anthea, como las de su propia familia, refuerzan que el argumento “Chica conoce a chico” es reversible y transmutable, como los propios cuerpos.

No es una novela de caballos

Título: **‘El caballo ciego’**

Autor: Kay Boyle
Traducción: Magdalena Palmer
Editorial: Madrid, Muñeca infinita, 2022, 166 pp

ALOMA RODRÍGUEZ

Una madre y una hija se bañan en el río, antes se cambian de ropa, y la escena, que podría dar pie a una intimidad compartida, está cargada de una tensión que apenas se ve: la tensión que hay entre quienes no se dicen las cosas claras. Así comienza ‘El caballo ciego’ (1940), novela breve y redonda de Kay Boyle (1902-1992), escritora apenas traducida hasta ahora al español y que llega ahora traducida por Magdalena Palmer para Muñeca infinita.

El título puede llevar a engaño, sí hay un caballo, que se queda repentinamente ciego, pero el caballo es el elemento que sirve para poner en juego tirantezas y enfrentamientos de un triángulo familiar: padre, madre e hija. Él es un pintor canadiense alcohólico que tiene buenas intenciones y toma malas decisiones; ella, la que tiene el dinero y dirige la empresa familiar, caballos. La hija ha pasado un tiempo en Italia y le gustaría estudiar en Europa, quizá bellas artes, pero eso no es lo que su madre tiene planeado para ella. El caballo que se queda ciego es una mala compra del padre que la hija adopta como caballo de paseo; la ceguera lo condena a muerte: es lo mejor, coinciden la madre, el veterinario y el mozo de cuadras. La chica se empeña en salvarlo: si demuestra que puede llevarla de paseo, no habrá razón para el sacrificio. Así que se dedica con tenaci-

dad a esa tarea y cada noche de las dos semanas que consigue como prórroga camina hasta el establo y saca al caballo. Una vez que consiga que el caballo se mueva en la oscuridad de su nuevo mundo, tendrá el más difícil todavía: hacer que salte. Ese momento resulta emocionante, hace convivir al menos tres tiempos: el presente inmediato del salto, el pasado en el que evoca su primer salto a caballo, y el futuro en el que le contará que lo ha logrado al irlandés que ha conocido en Italia; pasa también de la tercera persona del narrador omnisciente al monólogo interior de la chica para volver al narrador, en un movimiento leve y fluido: “Recuerdo que me puse enferma, enferma de miedo, pensó, quizá mientras pasaba por la marca de los nueve metros donde estaba Apby, y mi madre me hizo volver a montar en cuanto recobré la salud. ‘Si no vuelves a montar enseguida, te echarás a llorar y no querrás subirme de nuevo a lomos de un caballo’, le había dicho su madre, y ahora la voz de Apby gritó: ‘Uno, dos, tres’, y ella apretó los dientes y pensó con un júbilo repentino y desahogado Mañana podrá decirle al señor Sheeran que cuando estaba a nueve metros de la valla fui incrementando el tranco a los dos metros, a los dos metros y medio, y finalmente a los tres metros hasta encontrarme, por lo que podía juzgar en la oscuridad, a un metro ochenta de la valla, y entonces le indiqué a mi caballo que saltara”.

‘El caballo ciego’ es un prodigio de estrategias narrativas, como sucede con los juegos de magia, quieres verlos una y otra vez hasta adivinar dónde está el truco. Como sucede también con la magia, el secreto está en la elegancia, algo que la escritura de Kay Boyle tiene de sobra.



Escenario donde transcurre el inicio de ‘El caballo ciego’.